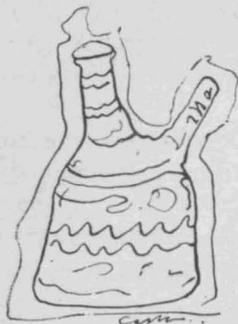
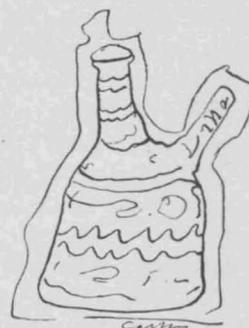


de la cultura ibérica, celtibérica, romana, visigoda y árabe. Es de las tierras más deforestadas de la provincia de Toledo y, seguramente, de España. En ella no quedan testimonios apreciables de vegetación espontánea. Es el país triguero de nuestra provincia.



Por si lo aducido no fuera suficiente, añadimos que *sagra* en Marruecos es tierra de cultivo. En Ifni, el término *tagragra* indica tierra de cereales. En el Sahara, las *grapas* son manchas de vegetación leñosa que, rozadas, se cultivan de cebada.

Así, pues, es lógico que la puerta que daba a La Sagra, se llamase BAB-SĀQRA, y de aquí el nombre actual. Por que en historia lo mismo que en toponimia, una de sus ciencias auxiliares, hay que buscar siempre el proceso más sencillo. Igual que la Puerta de Toledo, en Ciudad Real, se llamó así porque de allí arrancaba el camino para nuestra ciudad; en Talavera, la Puerta de Sevilla, por entrar por ella el comercio procedente de Andalucía,



y la Torre o Puerta del Sol por estar orientada al mediodía.

El topónimo que hemos comentado, como otros tantos, permanece gracias a los mozárabes que le mantienen en uso a través de la reconquista y dominación castellana en Toledo. Así llega a nuestros días.

## EL HOMBRE LIBERAL

Al hablar de liberalismo, no nos referimos para nada a las formas políticas y económicas que llevan su nombre. En este aspecto, el liberalismo es tan sólo un sistema más, con sus errores y sus aciertos, como todo lo humano.

Lo liberal, como lo conservador, pertenecen a un orden antropológico; son maneras de ser, estructuras psicológicas, y no pueden, por ello, constreñirse a los moldes exclusivos de lo político. Se es liberal o conservador en las distintas manifestaciones de la vida: costumbres, aficiones, amistad, amor, religión, ejercicio profesional, enjuiciamiento del prójimo, etc. Por eso, en las naciones que han adoptado la forma bipartidista, actúan siempre los dos grupos bajo las influencias humanas de estas dos tendencias. Lo liberal, como diría Pérez de Ayala, es el motor; lo conservador el freno; elementos ambos indispensables en la marcha de la humanidad.

Pero a nosotros nos interesa lo liberal como norma de conducta individual, como razón ética. Marañón escribía: «El liberalismo es, pues, una conducta y, por lo tanto, es mucho más que una política. Y, como tal conducta, no requiere profesiones de fe, sino ejercerla de un modo natural, sin exhibirla ni ostentarla. Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como por instinto, nos resistimos a mentir».

El hombre liberal es siempre comprensivo y generoso. Conoce, por instinto, la debilidad humana y está fácilmente dispuesto a la disculpa y al perdón. Cristo, ¡cómo no! fué el gran maestro de la comprensión. El perdonador de Zaqueo, de Dimas, de María Magdalena, de la mujer adúltera, del

publicano, de Pedro el dilecto. Cuando en una hermosa parábola ensalzó la bondad natural y el amor al prójimo, no hizo protagonista de ella al fariseo, próximo y fiel guardador del «Santa sanctorum»; ni al sacerdote, ni al levita. El gran amante del prójimo fué un samaritano, el odiado del pueblo elegido.

El hombre liberal lleva siempre gravadas aquellas palabras de Cristo: «No juzguéis y no seréis juzgados». Porque nada más audaz y peligroso que juzgar las faltas de nuestros semejantes. Con suma frecuencia será más grave, ante el Tribunal de Dios, la dureza de nuestro juicio que la responsabilidad ajena en el pecado cometido. Cada hombre, interiormente, es un mundo distinto y misterioso. El libre albedrío, no solamente está más o menos coaccionado por los factores ambiental y educativo, sino también por influencias más poderosas dependientes de la propia constitución orgánica. Alexis Carrel escribe: «Basta que el plasma sanguíneo quede privado de ciertas sustancias químicas para que las más nobles aspiraciones del alma se desvanezcan. Cuando la glándula tiroidea, por ejemplo, cesa de segregar la tiroxina en los vasos sanguíneos, ya no hay ni sentido moral, ni sentido de lo bello, ni sentido religioso. Si como lo hizo Mr. Collum, se suprime completamente el manganeso de la alimentación de una rata, ésta pierde el sentido maternal. Es cierto que el estado del espíritu se halla condicionado por el cuerpo. Las actividades intelectuales y afectivas dependen de las condiciones físicas, químicas y fisiológicas de los órganos». La más tosca y vulgar observación, pueden apreciar, asimismo, los distintos grados de intensidad del

instinto genésico según los individuos; desde el hipersexual obsesivo hasta el temperamento frío y sin estímulos.

El vulgo, en general, sólo salva, como irresponsable moral, al anormal psíquico. Sin embargo, y como acabamos de ver, lo anormal, con repercusiones en el campo moral, es más amplio de lo que a primera vista parece. Los grados de mayor o menor libertad con que se mueve el espíritu son siempre misteriosos; y por eso debemos dejar todo juicio definitivo a la infinita sabiduría de Dios.

Arquetipo de hombre liberal fué, sin duda, nuestro señor Don Quijote. En los consejos que dió a Sancho en vísperas de ir éste a gobernar su ínsula, brilla con auténticos destellos, el respeto, la prudencia y la misericordia para el hombre pecador. No podemos sustraernos a transcribir aquí los relativos a cuando Sancho tuviera que sentarse en el Tribunal de la Justicia. Dice así: «Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.—Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.—Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considéralo hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstrate piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia».

¡Hermosa lección para los hombres de todos los tiempos!—J. SANTOS.